

Bernabé Crespín: historia de un endemoniado

David Hernández
e

Al pie del volcán

Bernabé Crespín, pintor y dibujante salvadoreño nacido hace seis décadas en la faldas del volcán San Salvador, sigue siendo fiel a sus orígenes y a su pintura. A pesar de que una carretera nueva atravesó su casa, Bernabé se trasladó a otra aldea que se salvó de morir asfaltada, siempre al pie del volcán, para desde esa panorámica de San Ramón, donde está ubicado su casa-estudio, pintar y dibujar el paisaje de algo que puede llamarse el alma envenenada de lo salvadoreño.

Poseído por la locura más cuerda del mundo que recuerdo haber conocido, Bernabé Crespín se reclama descendiente de los grandes iniciados, a quienes los dioses a través de susurros y voces internas dictaban sus designios. En esta línea se siente hermanado a Santa Juana de Arco, la heroína francesa que luchó a los diecisiete años contra la dominación de borgoñones e ingleses y fue asesinada en la hoguera por hereje a los diecinueve años por los invasores ingleses, pero también a otros poseídos como Vincent Van Gogh, Fiodor Dostoyevski, Nicolai Gogol, Edvard Munch o Alejandro Magno.

Una vida en búsqueda de los impresionistas

Bernabé Crespín estudió artes plásticas con el maestro español Valero Lecha, de ahí le vino su pasión por los impresionistas franceses a quienes pudo contemplar solo de pasada a través de catálogos viejos y postales borrosas que el maestro Lecha le mostraba cuando joven, pero que bastaron para cautivarlo y crearle una pasión interior que lo llevó a emigrar de El Salvador en 1970 rumbo a Colombia, y de ahí, luego de vender sus cuadros en el mercado pictórico bogotano, con un billete de quinta clase zarpar en un barco mercante rumbo a París, en busca de Claude Monet, August Renoir, Paul Cézanne y otros maestros del impresionismo francés. Incluso cambio de nombre, adoptando el de Bernardo, en honor al maestro neoimpresionista Bernard Buffet.

Fue en ese París que aún estaba en la orgía del mayo del 68 y del movimiento de la contracultura anti stablishment, donde Bernabé Crespín «tronó» a raíz del choque cultural, la soledad y el «llamado de la selva», por lo cual terminó hospedado en el manicomio de París, La Maison Blanche, donde aún es mítica la primera huelga de locos de la historia francesa organizada por él, y que culminó con su traslado desde aquellas tierras bárbaras de la mal llamada «ciudad luz» a su natal El Salvador.



Regreso a los infiernos del último afrancesado

Allá por el año 1973, cuando los rabiosos jóvenes poetas de entonces, corriente poesía de rompimiento, nos reuníamos en el Café El Porvenir, aledaño al entonces edificio de la Biblioteca Nacional, a un costado del mercado ex Cuartel Quemado, Bernabé Crespín fue un referente artístico para nosotros, que habíamos fundado el Grupo Literario «La Cebolla Púrpura» y que nos identificábamos con la locura genial de aquél pintor estrafalario que andaba con bastón, sombrero de hongo, saco negro y abrigo gris de otoño, fumando pipa y puros y cargando en su bastón un cenicero para apagar y guardar las cenizas del tiempo. Había venido de París y la culpa de que el mundo era imperfecto e injusto se la echaba a los franceses a la vez que pregonaba que el futuro de la humanidad estaba en Rusia. A través de sus desgarradores cuadros y dibujos nos entregaba el testimonio de una realidad dantesca, en un país provinciano donde los gorilas se convertían en vampiros.

Punto de confluencia e influencia

Tanto los jóvenes poetas y otros no tan jóvenes, que nos agrupábamos en ese entonces en torno a «La Cebolla Púrpura», y que nos reuníamos en el Café El Porvenir y luego en el Café Bella Nápoles o el Skandia como Jaime Suárez Quemain, Rigoberto Góngora, Alfonso Hernández, Gilberto Santana, Alejandro y Ulises Masís como los pintores Antonio Bonilla, Ramírez Melara, Dagoberto Reyes, Efraín Vázquez o Augusto Crespín, los actores Gilda Lewin, Enmanuel Jaen y Normal Douglas, el periodista Chico Aragón, el bailarín Godofredo Carranza y el cantautor Gerardo Guzmán, aprendimos de aquél extraño pintor recién venido de París que el territorio del arte no terminaba en las esquinas del Valle de las Hamacas.

En esos dibujos y pinturas quemados por las divinas hierbas mágicas que nos entregaba Bernabé comprendimos que el mundo es ancho, ajeno e incommensurablemente complejo. Él nos demostró que los caminos del arte están llenos de compromisos vitales que exigen sacrificios del alma, y de compromisos con la Humanidad, la habitante más entrañable de cualquier obra de arte.

Crónica del tiempo perdido

Crespín es a través de estos recuerdos artífice e hilo conductor de unas crónicas de un tiempo extraviado, mítico, cuando vivíamos para los recuerdos. Así nos formamos aquellos jóvenes artistas coetáneos de Bernabé, así salimos por el mundo, morimos, resucitamos o seguimos vivos en este Valle de lo Jubiloso.

Así sigue también Bernabé Crespín, maestro de lo grotesco en un país donde lo fantasmagórico es norma diaria, pintor de pesadillas en una región de tormentos y de violencia, dibujante de muertos en una provincia de cadáveres vivientes que bailan al son de una orgía consumista la balada triste de los alienados cada día de todos los años del mundo.

Bernabé, desde su panorámica en las faldas del Volcán, es el retratista de este retablo del infierno.

